

## NECESIDAD DE DESCUBRIR NUEVAMENTE AMÉRICA<sup>1</sup>

Jenaro Prieto

Era costumbre de los antiguos intérpretes españoles pedir la venia del auditorio cuando terminaba el espectáculo y se apagaban las luces.

Algo más previsor que ellos, yo les presento mis excusas desde el comienzo.

No hay nada más difícil, en efecto, en el campo de los principios abstractos, que distinguir a un *aburridor*<sup>2</sup> de un conferenciante. Si a primera vista pareciera que pudiesen advertirse ciertas diferencias, ellas son de orden secundario.

Prescindan por un momento de los meros accidentes, de los detalles materiales como la mesa, el vaso de agua, la tribuna y la imponente seriedad del orador, y quedará un señor cualquiera: un buen señor que toma la palabra, que no da tiempo a las interrupciones, que no da muestras de percibir el tedio de sus interlocutores y que, con una obstinación que roza la crueldad, persevera impertérrito en su disertación.

Si él no es un vulgar *aburridor*, no sé realmente qué otro nombre le pudiesen dar.

Para colmo, yo tengo algo serio, grave e importantísimo que ofrecer a vuestra consideración. No en vano he atravesado dos océanos y recorrido más de diez mil millas. Se trata, en fin, de un problema de palpitante actualidad, en el que Italia tiene una cierta parte de responsabilidad y que golpea nada menos que medio continente americano.

Lo que en una palabra yo quisiera, es que ustedes meditasen brevemente en torno a la necesidad de descubrir nuevamente América.

- Y ¿por qué? –me preguntarán ustedes. -¿No está ya lo suficientemente descubierta? ¿No figura en nuestros mapas? ¿No se habla de ella en el telégrafo cada día? ¿No existen millones de compatriotas nuestros que viven, luchan y triunfan en sus tierras?

---

<sup>1</sup> Título italiano original, “Necessità di scoprire nuovamente l’America”. Traducción de Macarena García Moggia.

<sup>2</sup> “attacabottoni” en el original. Expresión coloquial italiana que significa literalmente “pega botones” y que designa a un sujeto que habla en exceso cosas innecesarias, cansando y aburriendo a quien le escucha. El sentido literal viene de la imagen de que esa persona demora tanto en hablar como si estuviera pegando los botones del abrigo de su interlocutor.

Sí señores, sí señores... En todo esto hay mucho de verdad. No se trata de decirles con la exquisita cortesía de los portugueses: "El señor tiene razón, pero no completamente". Yo que vengo de allá abajo puedo afirmarles que el primer descubrimiento no ha bastado; fue un poco superficial; en cuanto a la conquista y a la colonización, es mejor no recordarla; fue una obra de arquitectos geniales, hecha a gran velocidad y con escaso número de obreros.

Me perdonarán si en mis palabras perciben una cierta amargura; comprenderán que no es lo mismo comer, que ser comidos; no es lo mismo descubrir que ser descubiertos.

Nada peor, por lo demás, que ser descubiertos solo a la mitad. Ocurre en este caso como en la escultura: el nudo integral puede ser artístico; pero quien respeta en la figura solo algunas vestimentas, por ejemplo una bufanda o un sombrero, bordea prontamente el límite de lo grotesco.

Esto es lo que ha ocurrido con América del Sur. El descubrimiento no fue lo suficientemente completo como para sacar a plena luz las simples líneas de su cuerpo joven, de ninfa modelada en arcilla. La obra de la civilización no ha sido tan perfecta como para cubrir las formas crudas con el estilo severo y el manto impecable de la túnica latina. Peor aún: se respetó el decorado de plumas, se salvaron las negras trazas de las cabelleras, las orejas cargadas de oro y plata, recuerdo de las formas primitivas...

Así adornado por sus nuevos patrones, la América de Atahualpa y de Guatemoc<sup>3</sup> ya no se reconocía.

La imaginación preparó entonces un nuevo manto de áureas leyendas, ese paño que todos conocen, recamado de selvas intrincadas, de mares con arrecifes de corales esplendentes recortados contra cielos de zafiros, de ciudades que entre bosques de palmas, poblados de indios desnudos y de leones, lanzan hacia el infinito sus nombres sonoros como gritos de papagayos: Guayaquil, Maracaibo, Valparaíso; nombres que todos nosotros recordamos haber leído en los libros de aventuras de Verne y Salgari.

La fantasía de Europa ha tejido un manto de sueños, vivaz como un telar indígena, y ha envuelto a América en él; pero a través del manto se ve todavía el indígena primitivo.

Bajo las galas de la civilización, su cuerpo juvenil se repliega como sobre el umbral de la caverna aborígen. Un oscuro sentimiento de liberación, un vago deseo de despojarse de todos los ornamentos, de correr desnuda y libre a través de los campos,

---

<sup>3</sup> Así en el original italiano. Unas páginas más adelante, en una nueva alusión a grandes jefes indígenas de la historia latinoamericana, leemos "Guatimozino". Ambos nombres aluden a Cuauhtémoc, el célebre último emperador de los aztecas. Por alguna razón que desconocemos, Jenaro Prieto utilizó en su conferencia dos nombres distintos para el mismo personaje.

de volver a sus costumbres ancestrales, la sacuden de vez en cuando con largos y misteriosos temblores.

El telégrafo entonces trae noticias de algunas revoluciones. La sangre joven ebulle a veces en un impulso fratricida y el telégrafo anuncia una guerra entre repúblicas hermanas. La verbosidad de los jefes de la Araucanía se precipita otras veces haciendo correr ríos de palabras y el telégrafo habla de parlamentarismo y de demagogia. El hábito ancestral de inclinar la cabeza no ante el talento sino ante la fuerza física, la vuelve indócil ante la ley. El telégrafo entonces posee nuevos motivos para hablar de pueblos anárquicos e impacientes ante cada intento de freno.

Luego... vuelve la calma y la joven india, bajo el pesado y reluciente manto de la civilización, vuelve a acomodarse en las puertas de su cabaña hecha de hojas entretejidas. Como si no tuviera que pensar en nada; pero en el fondo de sus ojos brilla como una chispa inextinguible el antiguo rencor contra sus dominadores... en su actitud pasiva hay algo del jaguar que se retrae para saltar más ágilmente sobre su presa.

A pesar del genio de Colón, del talento de Cortés, del fuerte brazo de Almagro y de Pizarro, de la audacia de Magallanes y del celo apostólico del padre Las Casas, la América Inca, como dice el poeta, “respira, sueña y vibra, y todavía es la hija del Sol”<sup>4</sup>.

Su alma permanece aún inexplorada como las selvas amazónicas, y su carne resiste a los halagos y a la fuerza de los conquistadores.

Debemos convenir que el descubrimiento y la conquista dejaron mucho que desear.

\*\*\*

Señores, yo no pretendo con todo esto echarle la culpa a Colón.

No todos los días se descubre un nuevo mundo, y es natural que el almirante genovés tuviese poca práctica. Es probable que incluso no tuviera ninguna intención de descubrirnos. Su único deseo, su único anhelo era encontrar una nueva ruta para llegar a las Indias. Quería ver al gran Mogol del que tantas maravillas relataba Marco Polo. El florentino Toscanelli le aseguraba en una carta que, de acuerdo con la ciencia astronómica, la nueva ruta era más breve que la que recorría las costas de Guinea.

Con noticias tan confiables y precisas sobre las bondades de la nueva ruta, Cristóbal Colón preparó sus carabelas como otros preparan sus maletas y se lanzó a la aventura sin dudarle y sin siquiera imaginar que a mitad del camino encontraría, interrumpiendo el paso, una inmensa isla verde. El viajero no tuvo ninguna culpa. Fue

---

<sup>4</sup> Alusión al poema de Rubén Darío *A Roosevelt* cuando dice “... esa América / que tiembla de huracanes y que vive de Amor, / hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive. / Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.”

América la que se le puso por delante, a la manera de una vaca que se cruza delante de un automóvil. El accidente ocurrió sin que tuviese nada que ver la imprudencia ni la impericia del piloto.

Sí, señores: cuando el veintiuno de mayo de 1506, día de la asunción, en una vieja casa de Valladolid, sobre un catre en cuyo cabezal colgaban junto al crucifijo las cadenas de la prisión, testimonio de la justicia de los hombres, ofrecía su alma a Dios el navegante genovés que había dado al rey de España imperios más vastos que todos los reinos que había heredado de sus antepasados, no sabía lo que había hecho.

Confortado por la oraciones de fray Gaspar de la Misericordia y vistiendo los hábitos de San Francisco, sobre esa cama desnuda —última carabela de su último viaje a lo desconocido— Colón murió sin remordimientos.

Tal vez en ese instante final, mientras las paredes de su celda desaparecían poco a poco y las sombras calaban en los rincones como murciélagos, un sol de fuego comenzaba a teñir de color oro esa isla verde, esa inmensa selva surgida en medio del océano, en la cual se habían detenido un día, como pájaros marinos cansados de volar, las carabelas.

El viejo almirante ya no pensaba en esa aventura de sus años de juventud, cuyas remotas consecuencias no podía imaginar.

Como el viajero que en sus viajes por tierras lejanas deja al mundo un hijo natural del cual quizás ignora incluso su existencia, así Colón moría sin preocuparse de la suerte de la hija de su genio, que, como a menudo ocurre en estos casos, no habría llevado ni siquiera el apellido del padre.

Para él, América —que Vespucio inscribiría con su nombre en el registro civil— no había sido sino fruto de un amor loco y pasajero. Un obstáculo, un escollo en su carrera de marinero.

La indiferencia con la que sus contemporáneos —hombres del montón— miraban su aventura, no dejaba lugar a la vanagloria.

Así de poca importancia daban al hecho, que en los Anales de Valladolid, prolijos hasta el aburrimiento en el relato de inútiles advenimientos cotidianos, no se hace siquiera mención a la muerte del descubridor del nuevo mundo.

Con la misma inconsciencia de Colón, también los conquistadores se esparcieron por América.

Luchando palmo a palmo con los aborígenes, disputándose sus tierras, dominándolos, mezclando su sangre con los indios en las vicisitudes de la guerra, con las indias en los ocios de la paz, quitaban vidas y las creaban, poblaban y despoblaban al mismo tiempo, sin pensar demasiado en lo que hacían.

Lo que menos pasaba por sus mentes era que en ese momento cumplían con la grandísima misión de colonizar un continente.

La responsabilidad histórica —como ocurre a menudo a los hombres que hacen la historia y no la escriben— parecía no preocuparles en absoluto.

Recuerdo haber visto en una obra teatral cuya acción transcurre en el siglo de Pericles, un personaje previsor que con plena conciencia de su época y con la mirada fija en el futuro, no se cansaba de repetir a sus contemporáneos: “Escriban, jóvenes, escriban, que todo lo que escriban se volverá clásico”.

Le faltó a los conquistadores esa voz prudente que los exhortara a poner un poco más de cuidado en su trabajo, dado que todo lo que hacían era histórico.

Así, cediendo a sus instintos, mientras los capitanes se casaban con las hijas de los Incas o de los magnates mexicanos, los soldados se repartían a las mujeres de los caciques sometidos.

Resulta paradójal; sin embargo, las razas ardientes e impulsivas, que son óptimas cuando se trata de poblar, suelen ser pésimas cuando se trata de colonizar.

El ejemplo de América del norte, colonizada en gran parte por sajones, y el de América del sur, colonizada por latinos de España y de Portugal, tiende a confirmar esta teoría.

El inglés frío y flemático, que se cree siempre un ser superior y mira al “nativo” simplemente como una especie más de la fauna del país conquistado, no se deja seducir, no se enamora, y si fija su monóculo en los ojos negros y húmedos de la esclava que le sirve, es para constatar que se asemejan a los de las gacelas africanas.

Su viejo orgullo de raza puso en él esta pequeña advertencia: “safety matches”, propia de los fósforos de seguridad que se encienden solamente sobre la caja a la que pertenecen.

Por el contrario, como ocurre con los fósforos de cera, basta la más leve fricción para que un hombre de estirpe latina arda. Se enciende bien sobre su caja, pero se enciende también sobre una caja ajena. Basta el simple conato con un cuerpo extraño, un aumento cualquiera de temperatura y la chispa se produce de inmediato.

América Latina paga hoy las consecuencias del incendio provocado sin quererlo por sus conquistadores.

Mientras en los Estados Unidos existe la cantidad justa de pieles rojas indispensable para el cine, en todo el sur del continente abundan los habitantes primitivos.

En algunas repúblicas de Sudamérica, la población indígena supera en número la raza blanca y mantiene todas sus características. En otras se ha mezclado con sus dominadores.

Yo no sé qué es peor, porque llevar el indio adentro es como tener la lombriz solitaria. No se tiene un día de tranquilidad. El aborigen no se resigna a su suerte y se retuerce, lucha y no se satisface jamás.

Este estado latente de inquietud, tan molesto para el indio como para la nación civil que lo lleva en sus vísceras, es la tragedia de América Latina. Sus histerias, sus tristezas, sus violencias son comparables a la madre blanca que siente agitarse en el fondo de su ser la pequeña criatura de color y no encuentra el modo de librarse de ella.

Sin duda el método sajón de prescindir del aborigen conquistado y mantener pura la raza de los dominadores, es menos humanitario que el latino. Hecho para los salvajes, el sistema inglés se resiente siempre de cierta barbarie. Su teoría es la bárbara teoría de ese senador norteamericano que, discutiéndose en el Senado de la Unión acerca del modo de incorporar a los indígenas a la vida nacional, afirmó con voz enfática que “el mejor indio es siempre el indio muerto”.

Pese a las acusaciones de crueldad formuladas contra los conquistadores españoles, nunca los españoles habrían osado expresarse de una manera tan explícita. En cambio, ellos hicieron algo peor: combinaron el método pacífico de repoblar el continente americano, con el método bárbaro de despoblarlo.

De una parte se entendían con las mujeres indias, de otra parte amenazaban a los indígenas.

Si los conquistadores españoles hubiesen sido hombres de mundo, se habrían contentado con quitar a los nativos sus mujeres. Esto se hace entre la gente de bien. Pero en vez de hacerse amigos de los maridos, como recomienda el uso social, hicieron todo lo contrario. Persiguieron al indio, lo atormentaron y, cosa que no tiene nombre en la buena sociedad, en vez de ofrecer regalos o invitaciones destinadas a volver más soportable el infortunio del marido, lo obligaron a trabajar en beneficio del amante.

No era el seductor quien se afanaba como un negro para procurar el buen pasar del marido o para obtener las joyas que, con miles de explicaciones tan engañosas como inverosímiles, habrían podido incrementar la belleza de la esposa; era el infeliz consorte que, sometido a la más dura esclavitud, dejaba los pulmones en la mina para satisfacer la codicia de oro o los caprichos del nuevo amigo de la casa.

Una alteración similar de las convenciones sociales que rigen el *menage a trois* no podían ser vistas con buen ojo por el indio. Pero los rudos invasores no sabían de razones y hacían callar las protestas con la fusta y con la espada.

De un extremo a otro de América, quedan todavía las trazas de su inequidad. En México torturan a Cuauhtémoc y le queman los pies para que diga dónde esconde las riquezas de su imperio; en Perú despojan a Atahualpa de todos los bienes y cuando el Inca, tras haber llenado de oro una habitación hasta la altura de su mano, según había sido convenido para su rescate, exige el cumplimiento del pacto, lo arrastran al suplicio; en Chile toman preso a Caupolicán, el héroe cantado por Ercilla en las estrofas de *La Araucana*, y lo obligan a sentarse sobre un largo palo que le atraviesa poco a poco las vísceras.

Los prisioneros hacen honor con su coraje a la nobleza de su estirpe y a la altura de su rango.

Cuando uno de los altos dignatarios mexicanos deja escapar un lamento durante la tortura, el emperador indígena, sometido junto a él a la misma vejación, se limita a decirle: “yo no estoy en una cama de rosas”.

“¿Dónde van los hombres blancos cuando mueren?” –pregunta otro jefe indígena al fray que lo exhorta a un buen morir. Y cuando escucha que también ellos van al cielo, rechaza el crucifijo y le responde: “No quiero encontrarme ahí con hombres blancos”.

“Toma tu puñal español y entiérralo en mi pecho. Mi vida, después de todo, ya no es útil a mi patria” –exclamó otro indio prisionero.

El jefe araucano durante su lento suplicio, mientras el palo le atraviesa el cuerpo, no dice una palabra ni emite ningún gemido. Ve a su mujer que en un arranque de furor lanza al suelo la criatura que tiene en sus brazos, gritando que “no quiere ser madre de un hijo cuyo padre ha caído vivo en manos del enemigo”, y el jefe araucano calla, sigue callando.

El indio americano no ha olvidado.

El antiguo rencor, exacerbado tras cuatro siglos de dominación española, perdura en su alma primitiva. Aguarda la revancha.

En algunos países ha triunfado; lo dice claramente el estado de continua agitación, el desprecio por las leyes, y lo demuestran también esos retratos de presidentes sudamericanos cuya fisonomía no tiene absolutamente nada de caucásica.

En otros países, la lucha es latente y con caracteres quizás más graves que en la primera época de la colonización.

La cultura superior y las armas de fuego, privilegio exclusivo de los conquistadores, suplían entonces la deficiencia numérica.

Ahora esta ventaja desapareció; las armas son iguales para todos; la instrucción no es privilegio de una raza; la contienda ya no es entre bárbaros desnudos y españoles con armaduras; entre flechas de madera y mosquetes y balas de plomo que aterrorizan como el trueno y matan como el rayo. No, no; hoy día las cosas cambiaron.

La lucha por apropiarse del poder no se decide en el campo de batalla y las ideas democráticas y el sufragio universal han puesto en manos del vencido un arma más eficaz y peligrosa que todos los arcabuces y que todos los bombardeos.

Ahora es la raza blanca la que debe recurrir a la astucia para mantenerse. A fuerza de inteligencia, logra defender sus posiciones amenazadas.

¿Podrá conservarlas por mucho tiempo?

Es posible; pero la superioridad numérica la presiona.

Su situación es muy similar a la de esos destacamentos que Colón dejó un día en Guanahani, mientras él volvía en busca de refuerzos. Pasan el tiempo con los indios y dirigen su mirada a Europa con la esperanza de ver llegar las naves que deben traer el contingente de hombres prometido.

Pero las carabelas no vuelven.

Entre tanto, se escucha el rumor sordo de la avanzada india que se vuelve día a día más intensa.

Tras cuatro siglos, la historia se repite.

Si no llegan los refuerzos esperados y la conquista no se inicia de nuevo para salvar los restos de la antigua, el aborigen impondrá su dominio, sus ideas, sus costumbres ancestrales. Ya hay quienes sostienen que la invasión española, perturbando la evolución del indio, ha infringido un grave daño al Nuevo Mundo y que es necesario comenzar desde el inicio.

Realizado este ideal indio-americano, América, como esos señores que recurren al sistema Voronoff para perder los años de experiencia y regresar a las locuras juveniles, rejuvenecería enormemente. Volvería al siglo quince.

Ante esta perspectiva de volver a los tiempos de Atahualpa y de Moctezuma, ¿no habrá entre ustedes, señores, ningún Cristóbal Colón de buena voluntad que quiera descubrirnos otra vez?

Señores: yo no sería lo suficientemente leal si, sugiriéndoles la genial idea de descubrirnos otra vez —y no digo genial retóricamente, porque estos descubrimientos son verdaderamente geniales—, no aconsejara al nuevo navegante italiano dispuesto a hacer las veces de Colón, que llevara consigo un número de compañeros suficiente para hacer una obra más definitiva.

Uno de los grandes errores del primer descubrimiento fue la falta de personal.

La falta del elemento europeo es en gran parte, como he dicho, la causa del estado constante de perturbación política y social que aflige las repúblicas sudamericanas.

Las estadísticas demuestran que a mayor número de habitantes indígenas corresponde un mayor número de revoluciones. Argentina, por ejemplo, que cuenta con un enorme número de colonos, especialmente italianos y españoles, está menos expuesta a alteraciones que los países donde predomina casi por completo el elemento autóctono.

Mi propia patria, Chile, cuya conquista le costó a España un número de hombres superior a todo el resto de América, y donde el indio, por su condición indomable, debió sufrir mayores pérdidas, ha conocido menos que otros países la terrible plaga revolucionaria.

Por desgracia, los puntos estratégicos en los cuales la raza blanca se mantiene y resiste contra el hurto del indígena no son tantos como sería deseable.

Yo no quisiera, sin embargo, exagerar las dificultades que podrían preocupar a los valerosos, y retrasar la llegada de los refuerzos que los asediados esperan ansiosos.

Si así lo hiciera, sería injusto.

Incluso si las anheladas carabelas no se entrevén aún en el horizonte y el grueso del ejército no llega, hay ya ciertas patrullas que han atravesado el océano, similares a esos hombres blancos de occidente que, según la leyenda americana, precedieron la llegada de Colón.

He visto en mi país con cuánto entusiasmo esos hombres venidos de tierras lejanas, anónimos como sus precursores, se integran a la campaña iniciada hace cuatrocientos años por los colonizadores primitivos.

Cada uno busca el terreno más apropiado a su carácter, se atrincheró y comienza a avanzar.

Los colonos alemanes en el sur; los ingleses y los yugoslavos al norte; los italianos, españoles y franceses en el centro y los norteamericanos, sin preferencias especiales, compiten en operatividad y dinamismo.

El alemán prefiere el campo, las selvas y la lluviosa y fría tierra austral, último reducto del araucano; edifica sus casas en madera, al estilo de las villas suizas, junto a la cueva o la cabaña del indígena, y desde allí expande su acción dominante, tala los bosques, cultiva terrenos vírgenes, funda ciudades y construye fábricas.

El inglés, parsimonioso y amante de las grandes empresas, compra minas de nitratos, comercia en bolsas internacionales o se atrincheró, como en una fortaleza inexpugnable, tras los muros de un banco o de una casa comercial.

El yugoslavo, con maravillosa actividad, prueba los oficios más diversos.

El francés, finalmente, prudente y económico, si no puede fundar un sindicato o una sociedad para la explotación de algo más importante, explota la vanidad de las mujeres vendiéndoles vestidos y perfumes. Es un modo de colonizar mediante baratijas y fruslerías que no por ello es menos respetable.

El español, cuando todavía no encuentra alguien dispuesto a hacerle un préstamo, abre un montepío y presta dinero a los demás; cuando su situación comienza a mejorar, abre un negocio de géneros diversos; y cuando es rico se lanza a todas las empresas posibles, algunas de las cuales son más arriesgadas que la conquista de América, y que día tras días se vuelven un trabajo más duro; economiza y especula, contrata y hace costosos obsequios; abre cuentas y se interesa en política. No puede desentenderse de la suerte del país creado por sus abuelos e, incluso si ya no es más suyo, se siente parte de sus pesares y de sus alegrías y coopera amablemente en su progreso.

También el italiano tiene la impresión de encontrarse en casa. Dos días después de su llegada habla un idioma intermedio, un poco italiano y un poco español, muy parecido a este con que les hablo ahora, que en todo caso es suficiente ya que alcanza para entenderse, idioma que no abandona nunca más en su vida.

Los indígenas, por otra parte, no lo miran con desconfianza.

A los pocos meses, con ojo admirable, ha escogido en la ciudad el punto preciso donde hace falta un negocio de índole alimentaria. El punto estratégico es siempre la esquina de una calle. Su campo de operaciones es toda la zona de alrededor hasta llegar al negocio de otro italiano, cuya zona de influencia es igualmente inviolable.

Fraterniza con los nativos y como no los mira con desprecio, y es galán y caballero con las mujeres y lee los periódicos y comenta las noticias con los hombres, gana dinero y simpatías.

Si llega casado, la señora es la “madama” y desempeña un papel muy importante en la vida del barrio. Si está soltero, se casa con una mujer del país y se incorpora definitivamente a su patria de adopción.

A los pocos años es un hombre rico, recibe gente y sus hijos ocupan puestos públicos y poseen una situación respetable.

La pacífica penetración italiana no despierta sospechas y no encuentra esa oposición que en cambio encuentran otros colonizadores, para quienes el dinero suple la palabra y el espíritu de emprendimiento, la simpatía personal.

Así se explica que la colonia italiana, la segunda en cantidad, tenga ahora veinte mil representantes en una población de solo cuatro millones de habitantes.

De cualquier modo, señores, como he mencionado antes, todo este esfuerzo combinado de los pueblos europeos para terminar la obra incompleta de la conquista, no es suficiente.

Si en algunas partes su influencia se impone, en otras gana terreno el aborígen. Y el indígena es ingobernable. Para colmo de desventura, como el indio no conocía el dinero, no tenía el concepto de la propiedad, no obedecía a otra cosa que a la fusta, no comprendía otro sistema de producción a gran escala que el trabajo forzado y no tenía otro concepto de la vida que la satisfacción de sus instintos, sus aspiraciones se confunden bastante con las aspiraciones comunistas.

Sus insurrecciones, propias de la barbarie primitiva, parecen en cierto modo haberse puesto de moda. Se excusan con la barbarie comunista como un hotentote podría justificar su desnudez con los avances del nudismo.

¿Es posible que este estado de las cosas pueda continuar?

Señores, han tenido ya bastante paciencia al escucharme y no encuentro palabras para agradecerles su gentileza, que se confunde en este caso con la abnegación; les ruego, sin embargo, no tener la misma paciencia para observar con ojos indiferentes cómo se va desmoronando la obra genial de uno de vuestros compatriotas: la obra de Cristóbal Colón.

Es necesario, señores, descubrir América, descubrirla lo más pronto posible y con muchas precauciones porque el indio ya está sobre aviso. Que no ocurra jamás que él descubra al hombre blanco antes que el hombre blanco lo descubra a él.

Y nadie está más interesado que la misma América en que este nuevo descubrimiento no fracase y que sea, no solo duradero, sino definitivo.